

Resultan un complot de abecedario.
Una suma algebraica delirante.
Palabras, viejo William. Lea el diario.
Palabras desastrosas. Palabritas
buenas para morir: defensa. Pacto.
Dividendo. Escalada. Raza. Muro.
Lavado de cerebro. Diccionario
que no sirve de noche. Entre personas
que viven. Están vivas deseando
vivir en serio, viejo William. Vivas
ante los hechos desencadenados
y ante palabras muertas y asesinas.
Palabras, viejo William. Qué esperamos.)

«DOS»

«Cuando acontece aburrimiento. Frío.
Atenta indiferencia. Lejanía
con sordos pensamientos que volvemos
—si nos preguntan— nada distraída,
me preocupan los cuerpos. Nuestros cuerpos
que parecen quererse. Lo que harían
si el deseo acabase. Si el deseo
—no el amor, no la gran cursilería—
cesara. Si estas ansias de estar juntos
la más tú y el más yo, que desafían
lo que se puede en general, murieran,
qué haríamos. Qué tú, qué yo serían
los cuerpos, nuestros cuerpos, cuando todo
—discutir, revolver, darnos cerillas—
fuera un estar demás. Una paciencia
deviniendo carácter de porfía.
De grotesca elección. De sacrificio
atemperado con la cobardía
de vivir porque sí. De consolarnos
con cualquier indignancia compasiva.
Me preocupa saber si el cuerpo logra
salvar lo que no pudo nuestra vida.

Yo conozco tu cuerpo. Esto que toco
y beso. Tu concreta anatomía.
Y mi cuerpo también. Cuerpos que se aman
en la piel. Por la piel que se anoticia

de la piel. Por la piel que nos desnuda
con su propia apetencia de caricias.
Su estremecido afán. Su ardiente juego
de gestos anhelantes que se alían.
Su saber compartirse. Su encontrarse
detrás de la piedad y la rutina.
Reconciliados con nosotros mismos.
Entrándonos al sueño en compañía.

Nuestros cuerpos que inventan las palabras
cada vez que se quieren. Las precisas
palabras que vivir. Esas palabras
para nombrar lo que nos pasa: trilla.
Azúcar. Catedral. Esas palabras
que nos somos en cuerpo: melodía.
Universo. Jardín. Tantas palabras
que a veces nos destrozan: alegría.
Sobre todo alegría. Sobre todo
la siempre poca yéndose alegría.

Conozco nuestros cuerpos. El milagro
que se puede explicar pero que olvida.
Porque además conozco que otros cuerpos
existen. Que el milagro se realiza
con cada cuerpo casi siempre. En cada
hombre o mujer que besan. Ocurría
antes de conocerte. Cuando alguna
mujer —no era el amor— me sucedía.
Quiero decir, en cuanto los afanes
al llegar a la piel se definían
por ellos mismos en el otro. Solos.
Sin pretensiones de cortesanía.
Porque el milagro de la piel opera
con su propia tenaz sabiduría
más allá del amor. Entre las cosas
que se le dan al hombre cierto día.

Y entonces, aunque hallemos la desgracia
juntos. Aunque rompamos lo que había
juntos. Aunque tal vez no alcance el tiempo
juntos. Aunque sigamos esta viva
desilusión de tantas cosas juntos,

no es por los cuerpos. No es fisiología tan sólo. No es pobreza. No es el rito, pesada eternidad. No es la mentira que le llaman amor. Y aunque sepamos acaso mucho menos: que peligran un poco más los actos. Nos esperan menos puertas en caso de agonía. Casi ninguna redención. Apenas si lealtad y angustia, todavía es posible que hallemos otra causa. Un deseo más nuestro. Una sencilla noción en que apoyarnos: la certeza de que tampoco el cuerpo nos explica.»

«TRES»

«No nos unen los hijos. Nuestros hijos. O tus hijos, mejor. Porque tu cuerpo los hizo. Los creció. Les dabas aire. Temperatura. Sangre. Calma. Tiempo. Y pensabas sus rostros. Te enfermaban. Temías no supieras cómo hacerlos completamente. Entonces suponías —aquí está la cabeza, aquí los miembros— geografiándote el vientre. Obsesionada por cosas que te estaban ocurriendo sin ti. Porque de pronto se te usaba para agrandar el mundo. El sufrimiento posible. El hambre injusta. Los soldados acaso o las mujeres. Presintiendo que todo era más fácil o difícil. Extrañada de ti. Vuelta tu objeto hasta que un día —día de tu sangre, el día de tú sola, el más superfluo de mis días también— nacía el hijo. Tus hijos. Hijos tuyos. De tu riesgo. Tuyos, pero no obstante, sin nosotros. Tuyos pero de sí. Tuyos sabiendo que no son para ti. Que ya son otros seres por sí que no conocen dueños. Que puedan reprocharnos por la vida que nuestra voluntad les dio. Y que el precio de ser padre es deber. Deberle al hijo

las razones. El pan. Cada proceso
que le cambie la voz. Lo vuelva amargo.
Lo edifique de hombre. Le haga ceño.
Hasta un día más triste. Hasta que aprenda
que estar vivo no da ningún derecho.

No. Los hijos no unen ni separan.
Simplemente nos tienen. Nos nacieron
después de que quisimos. Entre abrazos
que eran para nosotros. Entre besos
a cuenta del instante. Y si han nacido
después, fue por nosotros. Por creernos
con cierta inclinación a los servicios
que le llaman ser padre: protegerlos
sin trocar su ignorancia en cobardía.
Hacer hoy el mañana. Darles hechos
y algunos libros. Comprensión. Memorias
que no resulten demasiado infierno.
Para mostrarles barcos. Alegrías.
No mentirles jamás. Oír primero
y no pedirles nada a cambio. Amarles
sencillamente. Amarles sin espejos.
Cuando lo necesiten. Estrecharlos
en cada oscuridad. Verles creciendo,
lo que tanto les gusta. Conocerles
el horror. La ilusión. Los desencuentros.
Amarles porque siempre crecen solos.
Amar su libertad. Dejarlos ellos
sin otra obligación que ser. Sin nada
que unir. Ni que pedir. Ni odiar. Sintiendo
que su vida es su oficio. Que bastante
tienen con su vivir. Y sin siniestros
percances en su historia. Sin la angustia
de asfixiar nuestra vida. De que estemos
matrimoniando el frío. Estando juntos
para urdirles un mal descubrimiento.
El torvo día indefectible. El día
que se vuelven mentira los recuerdos
y ya nada es verdad. No. No nos unen
los hijos, ciertamente. Los tenemos
y nos tienen. Es todo. Estamos juntos
para nosotros. Por nosotros. Bueno

será que si nos miran tristemente
no se sientan culpables, por lo menos.»

«CUATRO»

«Si alguno se muriese —pienso— el otro
seguiría con vida. Su manera
de ver. Su ocupación empecinada
de continuar su nombre. Tú, la terca
vocación de alegría un poco menos.
Yo con la angustia más en ti. Serena
lo mismo tu mirada, aunque más honda.
Más rebelde y en vano mi cabeza.
Con más dolor los dos. Pero sin cambios
los gestos. Cuanto somos. Las respuestas.

(No importa el más allá para estar juntos.
Sólo en vida es posible. Las promesas
—esa piedad estéril y confusa
de perfección— separan. Nos alejan
uno del otro. Al cielo o al infierno.
A un dios o a los regresos. A la tierra
o al llamado infinito. Nos separan.
Nos obligan a uno. Parecieran
una venganza sórdida. La injuria
que todo lo que duele nos despierta.
Como estar juntos. Como nuestra vida,
esta elección fallida de una fiesta.)

Se morirán también nuestras costumbres.
Las mantenidas juntos. Primavera
revolviendo las calles. Monumentos
que usábamos de cita. Las carpetas
con mapas para viajes con los dedos.
Esas ocupaciones en pareja
que nacen compartidas. Por los modos
que tenemos de ser. La coincidencia
de besarnos de pronto en los museos
por pura vida. Reinventar secretas
historias de la gente. No serían
estas costumbres —pienso— verdaderas
con otro. Morirían con el muerto,
agotado el sentido. Otra presencia

daría otras costumbres. O es posible que por celos u horror no se quisieran iguales. Por rencor tal vez. Sabemos que no vive lo mismo el que recuerda.

(Es de noche. Estás lejos. Nos desune el más acá. La sombra. Y la certeza —siempre de no, siempre de no— que duele mucho más en la noche. No hay sorpresas parece: nos morimos. Nos sépan los ojos y la muerte. Nada resta de vivir tanto juntos. Estos versos los hago simplemente como prueba de que existimos una noche. Estábamos en el mundo. En el tiempo. En la tristeza.)

Acaso yo exagere. O esta angustia me dicte lo que afirmo. Acaso sean su máscara estas voces. Sin embargo —siempre de no, siempre de no—, nos queda la realidad: si alguno se muriese otras costumbres crecerían nuevas. El otro de pretexto: las visitas al polvo. Los retratos. Las anécdotas del espanto de uno. Lo construido sin mirar para adentro. La miseria de nuestra condición. Ir descubriendo que el otro en nuestro olvido se disgrega. Que se muere el nosotros. Lo matamos por querer retenerlo. De belleza tal vez. De compasión. De olvido siempre. De olvido sin cesar. De vida nuestra porque el olvido es la salud. La práctica normalidad del hombre y no es problema.»

«CINCO»

«A veces me conmueves, me desarman las razones que encuentras en tus besos. Tu convicción de amarme. Tu ternura a pesar de mí mismo. Tu misterio de que exista el amor, esa palabra que resulta vacía cuando pienso.

Porque tú me elegiste a mí. No al triste
destino que te doy. No al sufrimiento.
No cosas que olvidar. No tiempo inmóvil
donde transcurre el desengaño. El tedio.
Otras mujeres. Hambre. Malas noches.
Dinero que pedir. No estos recuerdos
que ya no odiamos casi. Mi costumbre
de amarte para ahogar remordimientos.

(Yo pudiera culpar otros. Personas
que existen y yo sufro. Ponen preso
a quien usa la boca. Nos incluyen
en los padrones. Se suponen serios.
Dan que hablar. Dan horror. Tienen justicia.
Modos de pago. Convicciones. Precio.
En fin, sirven al mundo que vivimos.
El mejor de los mundos. Tan perfecto
que no alcanzan las lágrimas y todo
comienza por no ser. Los bombardeos
son mensajes de paz. Los propios ojos
aconsejan no ver. Y el desconcierto
es sólo —así nos dicen— egoísmo.
Los sutiles refugios de un enfermo.
Pero en verdad también me sé. Conozco
que me elegiste. Y elegí sabiendo.)

Y si yo no me escapo. Si razono
para ti y para mí. Si no es un juego
de artera vanidad esta conciencia.
Si me preocupan cosas y no versos
donde se admire mi sufrir, entonces
tan sólo tu dolor es verdadero.
Tan sólo me soportas por ceguera.
Tan sólo soy un pobre ser grotesco.
Un ser que no elegiste. Ser inútil
complacido en usarte como objeto.
Como excusa de sí. Que se deleita
en torturarse dándote tormento.

(Acaso esto que digo se proponga
una sutil manera de cortejo.
De asegurarme impunidad. De atarte

al tortuoso vaivén de mi desprecio
por mis actos. La estéril arrogancia
de fabricar sin fe mi desconsuelo.
De sublevarme en frío. De matarme
parsimoniosamente ante un espejo.)

Pero me besas y no sé. Me aturdo.
Se derrumba este insomne torcimiento
de una verdad que nunca es. Y acaso
todo sea más fácil. Más directo.
Con menos libros. Tontería. Orgullo.
Sin tanta reflexión ni tanto miedo
de ser un hombre simple. Y todo sea
que me quieras no más. Y que te quiero.»

«SEIS»

«Hubo un tiempo en que anduve con palabras
como si lo entendiera. Sucedían
poemas para ti. Trataba cosas
afirmando el amor. Eran los días
de estar enamorado. Aquellos tiempos
de poemas creyendo que decía:

*Y serás mía como el agua es mía,
a sorbos besos, tragos de caricias.*

*Mi pan será tu pan. Mi voz tu nombre.
Mi libertad la casa compartida.*

Entonces eran justas las palabras,
quiero decir, significaban: risa.
Pan. Libertad. Razón. Todo era cierto.
Bastaba con nombrar y acontecía.
Por ejemplo, mañana. Por ejemplo
piedad o solución. El mundo había
comenzado conmigo. El mundo estaba
conmigo. Para mí. Era. Servía.

*Nuestro quehacer será lo que no hicimos.
Salir y entrar sin plazos de familia.*

*Regalar nuestra ropa. No callarnos.
Hacerles qué dirán a las vecinas.*

Pero es que solamente con palabras
—con pizcas de vacío— convivía.
Amor era un espejo. Amada un título.
Hombre un lugar común. Angustia, rima.
Pensaba sin mirar. Especulaba
con tantas cosas como no sabía.
Con falsas cosas: las palabras. Viento.
Menos aún: esquemas de mentiras.

*Desmenuzando el tiempo a cuatro manos
la vida irá, sucesos margarita.*

*Los pañales capullo. Los entierros
de los muertos hundidos sin heridas.*

*Ir aprendiendo nuestra muerte cierta
mientras la piel de trigo se hace harina.*

*Que en el otoño se madura el bronce
y que el invierno es primavera ardida.*

*Con el amor, el hombre se hace árbol.
Pero hasta el viento entre su pecho anida.*

Después viví. Me fui mezclando al mundo.
Los hijos de verdad. El pan. La clínica
que siempre nos sorprende. La conciencia
de que llegamos tarde a las esquinas
por donde pasa todo y para nada.
Vi que la gente calla. Vi la huida
de las palabras en los actos. Y hechos
que ocurren simplemente sin salida.
Que no hay un puede ser. Que únicamente
hay vivir. Enfrentar la propia ruina.

*Hay otro puede ser. Volverme horario.
Brújula roma. Cuotas guillotina.*

*Alambrarme de objetos con objeto.
La mesa tribunal. Leer en sillas.*

*Fabricarme una risa por dinero.
Reservarte un destino de cocina.*

*Y descubrir que somos dos personas
piel contra piel, la calavera erguida.*

Después supe que nada nos ocurre.
O bien ocurre todo. Pero asfixian
de verdad otros hechos. Este mundo
organizado para la injusticia.
Este mundo tan viejo que comienza
entre muertos de más. Con elegías
que ya no sirven. Con ideas claras
para morir o para odiar. Con frías
amarguras sin nombre: que se luche
por ser nosotros mismos cada día.
Que no alcance la mesa. Que las casas
regresen a cavernas con cortinas.
Supe, además, la lucha: que es preciso
no rendirse y no ser. Y que la dicha
no existe. Es un vocablo sin sentido.
Y sólo hay que desear poca agonía.
Una porción concreta de las cosas:
este beso. Este hijo. Esta alegría.

*Pero esto no será, silbo del cielo.
Sangre aventura. Pulsos rebeldía.*

*Como no estás conmigo, están las dudas.
Soy cartero de Dios. Un hombre espiga*

*y no entiendo vivir, mujer pañuelo.
Soy tierra suelta al aire que tú guías.*

*Pero me doy a ti. Tuyo es mañana.
Y que en mi corazón mi voz te siga.*

Ahora compartimos lo posible.
Vivir. Seguir viviendo las orillas
de la felicidad. La luz. El mundo.

Las palabras famosas que utilizan
los grandes libros. Proseguir viviendo
ahora. El más ahora que marchita.
Gasta. Ensombrece. Quiebra. Desengaña.
Sin más heroicidad que la oficina
ni más resignación que los recuerdos.
Vivir. Morirnos solos en familia.
Hacernos responsables. Resolvernó.
Abrir ventanas. Desdoblar rodillas.
Elegir. Olvidar. Ser dos. Estarnos.
Nuestra protesta es continuar la vida.»

JOSE ALBERTO SANTIAGO